

“Si voy al Circo, me río;  
 si al Principal, me divierto;  
 si concurreo á Hidalgo, lloro;  
 si al Nacional, me accidento;  
 si al de Arbeu me distraigo;  
 y hasta ronco en el de Invierno.”

La única compañía de zarzuela, de las *aclimatadas* en México, que faltaba en esos momentos en la Capital, era la de los Hermanos Arca-raz, quienes por sus negras desdichas pasaban y hacían pasar á sus artistas, las penas del Purgatorio en el *Grand Opera House* de la ciudad de los Angeles en la Alta California. Pero también hablaré de esto en su tiempo y sazón.

## CAPITULO X

1892.

Por dar á mis lectores razón de la marcha de los trabajos de las principales compañías de espectáculos existentes en la primera mitad del año de 1892 en la Capital, he pasado por alto sucesos importantes que no debiendo quedar sin cita, por leve que sea, nos obligan á retroceder á ese tiempo, y á volver al domingo 15 de Mayo. En su noche y en nuestros teatros no había faltado ciertamente numeroso público que á Burón aplaudiese en el *Don Pepe* de *Los Hugonotes*, y aclamase á la Salvini en Arbeu, á donde con todas sus monerías y absoluta falta de arte se pasó desertando del Principal, instigada á ello por la empresa López-Alba, que creyó que con la exhibición de tan malísima cómica y preciosísima mujer atraería al público que venía desertando del coliseo de la calle de San Felipe. En el Circo Orrin el lleno había sido colosal, producido por el ansia de asistir á la segunda representación de *El Milagro de la Virgen*, estrenado la víspera, obra en que tan linda se veía Vicenta Peralta y Pepe Vigil entusiasmaba en la bellísima romanza del primer acto. En el Nacional Isidoro Pastor había estrenado, esa misma noche, el juguete cómico *La herencia del Año Nuevo*, obra de autor mexicano cortada por el patrón de *Manicomio de Cuerdos*, de Macedo, y de *Perfiles y Contornos* de Galicia y de Pepe Vigil y Robles: el éxito del juguete del Nacional no alcanzó, ni mucho menos, las proporciones de los obtenidos por las revistas que acabo de citar.

Y fué notable que el público no hubiese huído en esa noche de nuestros teatros, porque el día se había pasado entre alarmas y carreras por las calles, producidas por lo que ligeramente voy á apuntar.

Estando para concluir el período presidencial del Gral. D. Porfirio Díaz, la opinión pública habíase declarado por la necesidad de reelegir á tan distinguido gobernante, visto que ninguna otra candidatura habían proclamado las fracciones liberales que por una ó por otra causa hacíanle la oposición. Contra esa opinión casi unánime en favor del Gral. Díaz, alzáronse, al irse acercando la época de las elecciones, algunos papeles públicos redactados por jóvenes de innegable talento, pero sin experiencia ni conocimiento siquiera de las intrigas políticas, que de ellos se sirvieron para satisfacer odios ó des- pechos personales contra el hombre á quien acusaban de haber hecho á un lado á sus más eficaces colaboradores en el Plan de Tuxtepec. Esa juventud vehemente y generosa abrazó con resolución la causa á que se la invitaba, la de combatir la permanencia indefinida de una misma personalidad en el ejercicio del poder, contraria á las teorías republicanas, que, dando por hecho un pueblo bien instruído en ellas y bastante educado para desarrollarlas, quiere que cualquier ciudadano pueda alternar en el ejercicio de ese poder, sin exclusivismos que produzcan el cesarismo ó la dictadura. La nobleza y justicia de ese deseo, congregó á la inmensa mayoría juvenil en rededor de los periodistas de talento á que hago referencia y pertenecían ó acababan de pertenecer á los grupos escolares lanzados al palenque de las exigencias públicas desde los días memorables de la oposición al convenio Noetzlin para el arreglo de la deuda inglesa. No vió esa juventud que la lucha á que se la lanzaba no podía dar resultado práctico, desde el momento en que la fracción liberal disidente no presentaba candidato alguno, y no descubrió que con esa falta lo único que podría resultar de aquella campaña era una revolución completamente anárquica, y la vuelta á los viejos pronunciamientos que por tanto tiempo hicieron creer que México era ingobernable é incapaz de orden. Quizás lograda esa resolución saldría á recoger sus frutos alguno de los ocultos promovedores de ella; pero en verdad no merecían ese sacrificio los que carecían de valor civil para oponerse á cara descubierta á la candidatura de los reeleccionistas. Pero vuelvo á decirlo, eso no lo vió, no lo sospechó la juventud escolar, y cayendo en la artera red, hízose instrumento de las intrigas en cuyo secreto no estaba, y á su tiempo dió el peligroso primer paso. Si no tuvo consecuencias, fué debido al buen sentido de la generalidad del país, que bien demostrado tenía que su aspiración única era la conservación y mantenimiento de la paz.

Desde el 7 de Abril anterior, habíase iniciado en la glorieta central de la Alameda una manifestación anti-reeleccionista que debió

haberse verificado el 5 de Mayo, y por efecto de las precauciones tomadas por la autoridad, se difirió para el 15 del mismo mes. Desde las siete de la mañana de ese día comenzaron á llegar pequeños grupos de estudiantes y de obreros al jardín de San Fernando, punto de partida señalado con anterioridad. Poco á poco fueron llegando otros y otros grupos y los curiosos acrecieron grandemente la muchedumbre. Presentes al fin los caudillos estudiantiles, una banda de música tocó á modo de llamada un paso doble y dió principio la manifestación con los vítores á los pabellones y estandartes de los *clubs*, y sobre todos, al que ostentando las palabras *No-Reelección*, fué presentado en una carretela abierta que á la vez debía servir de tribuna á los oradores.

A las nueve de la mañana, entre los acordes del Himno Nacional, dió principio el desfile de la *procesión*, ocupando la vanguardia los miembros de las mesas directivas de los *clubs* anti-reeleccionistas; del de los estudiantes era presidente el joven J. Antonio Rivera G. y del de los obreros el Sr. J. Huelgas y Campos: seguía la banda de música é iban detrás los grupos de estudiantes y de obreros entre apretadas filas de hombres del pueblo. En uno de los ángulos del jardín la carretela se detuvo, un joven orador pronunció desde ella un entusiasta discurso, el Sr. Rivera G. dijo unos versos patrióticos, y el Sr. Moheno improvisó una breve alocución: después la banda tocó una marcha llamada *No-Reelección*, compuesta especialmente para el caso por la Sra. Concepción López de Huelgas, y á las voces de *mueras la Reelección! viva la Libertad! viva la Democracia! viva la Constitución!* los manifestantes se pusieron en movimiento.

En la Mariscal, frente á la casa del Gral. Riva Palacio pronunciaron dos discursos los jóvenes Balmaseda y Celada, de la Escuela de Medicina, y una poesía el Sr. Páez, de la Escuela Preparatoria. En la calle de Tacuba ingresaron en las filas de los manifestantes las comisiones numerosas de los obreros de Tlalpam y de San Fernando. Al llegar al Empedradillo hubo nuevo discurso, pronunciado éste por un obrero del *Club* "Soberanía Popular." En otros diferentes puntos hablaron á su vez Nicandro Melo, Felipe Depardón, y varios más. En la calle de la Merced un joven de la Escuela Normal, y desde la cornisa de una casa de dos pisos, dirigió á su vez la palabra á la multitud, engrosada hasta un extremo indecible. En la calle de Jesús María el orador fué un anciano que dedicó, desde un balcón, entusiastas frases á los estudiantes.

Al pasar frente á la Catedral la comitiva, un grupo de ella quiso hacer oír un repique, y al efecto se dirigió á la puerta de una de las torres; y como no se les abriese se arrojó á intentar echarla abajo logrando hacerle un boquete de regulares dimensiones, entre los gritos y la chacota consiguientes á la exaltación que poco á poco habían

ido adquiriendo los ánimos, en especialidad entre la gente ínfima, la menos capaz de comprender los móviles y fines de aquella suerte de protesta en favor de la constitución é ideas liberales. La policía que hasta allí ningún estorbo había puesto á la manifestación, se vió en el caso de hacer respetar la propiedad y de impedir el atentado, y después de reducir al orden al grupo que lo alteraba, aprehendió á los más exaltados encerrándolos en la torre que quisieron asaltar.

La procesión había seguido marchando en buen orden por las calles de Plateros y San Francisco; en la de Corpus Christi hizo uso de la palabra el joven Mascareñas, Secretario del Comité de estudiantes anti-reeleccionistas, siendo tan vehemente en su peroración que la multitud empezó á excederse en sus demostraciones de aplauso, con disgusto de un agente de policía allí próximo que algo dijo ó hizo para imponer orden. Su actitud irritó á los menos prudentes que, de buenas á primeras, soltaron sobre él una granizada de piedras, y el número habría perpetrado un asesinato si un estudiante no hubiese defendido al gendarme y conducidole á la presencia de los Presidentes de los Comités, quienes cubrieronle con sus pabellones en señal de protección. Aquel acto teatral por el que los revoltosos habían quedado encima de la autoridad, envalentonó á la muchedumbre que poco más adelante desarmó á otro gendarme y le puso en fuga y aun le persiguió hasta hacerle refugiarse en una casa particular. Un periodista independiente disuadió á la multitud de la insistencia en aquel nuevo atropello y por fin los manifestantes regresaron al punto de partida, el jardín de San Fernando, donde los jóvenes Luque y Moheno, secretarios del Comité de Estudiantes, felicitaron á la muchedumbre por su patriótico concurso, y la invitaron á disolverse, como lo hizo entre vítores á la República, á la libertad, y á la democracia y mueras á la reelección.

El lunes 16 fueron los partidarios de la reelección los que á su vez quisieron exhibirse, y desde la Alameda partieron hacia el Zócalo ó Plaza Principal, con sus pabellones, banderas y bandas de música. Los anti-reeleccionistas que en la mañana anterior no tuvieron en su marcha más tropiezos que los que ellos mismos se buscaron con su exaltación, quisieron suscítárselos al bando contrario y en las calles de San Francisco les salieron al paso gritándoles *mueras*, y en el jardín del Zócalo les arengaron por boca de los jóvenes anti-reeleccionistas Mascareñas, y Rivera G. censurándoles su servilismo é invitándoles á dejar las filas del Gobierno y á unirse á los que ellos llamaban eco de la opinión popular y patriótica. Según los cronistas de este bando, los reeleccionistas se dejaron convencer por los oradores y entregáronles sus pabellones y uniéronse á ellos, y según los cronistas contrarios los anti-reeleccionistas se lanzaron sobre los partidarios de la reelección y les arrancaron los tales pabellones, maltratán-

dolos á la vez de obra y palabra. Lo cierto es que de allí se originó un desorden que obligó á la policía á intervenir bajo las órdenes de sus jefes los Sres. Carballeda y Cabrera: los anti-reeleccionistas se enfurecieron y soltaron sobre sus contrarios una nueva granizada, no de piedras como en la mañana del 15, sino de *pambazos*, gritándoles á la vez: "*Coman, pero no hagan la barba,*" y antes de que pudieran sufrir revanchas de aquel insulto, dispersáronse en todas direcciones, excediéndose en gritos de mueras y en silbidos, y en ataques á gendarmes y á policías aislados. Otro grupo, en su mayoría de gente ínfima, principió por apedrear los faroles del alumbrado público y siguió después haciendo lo mismo con los aparadores de las casas de comercio que á tiempo no habían cerrado sus puertas: entre esas casas asaltadas figuraron la del abarrotero español Ambrosio Sánchez, y las de los propietarios de los cafés de Recamier y de la Concordia, francés uno é italiano el otro.

Sobre esto dijo *El Monitor*, partidario de los anti-reeleccionistas: "Hombres del pueblo, excitados por la manifestación de la mañana en que la policía rechazó bruscamente á las masas que ante el Palacio Municipal pedían la libertad de los estudiantes y obreros presos, unos aprehendidos la víspera en la torre de Catedral, y otros detenidos momentos antes en las calles por haber arrojado mendrugos de pan á la cara de los reeleccionistas y gritado desde las azoteas del Palacio Municipal, en donde estaban consignados, *mueras* á la reelección; hombres, repetimos, del bajo pueblo, alentados por el triunfo obtenido por los anti-reeleccionistas sobre sus contrarios á quienes obligaron á entregar sus banderas y pasarse á sus filas; hombres, en fin, trastornados por las *emociones* (?) de la mañana, se han amotinado antes de anoche, cometiendo todo género de desórdenes; han arrojado piedras sobre los faroles del alumbrado; han atacado la propiedad del conocido comerciante español Sr. Ambrosio Sánchez, destruido los cristales de su aparador, y sustraído gran cantidad de botellas de vinos y comestibles, y en seguida han recorrido las calles centrales gritando mueras á la reelección y al Presidente de la República; han desafiado á la policía y arrojádole algunas piedras. . . . Los agentes del orden no han sabido conservarle. . . . La gendarmería montada entró tarde en escena para apoyar á los gendarmes de á pie, impotentes para contener el tumulto, y de allí provinieron los excesos que hoy lamentamos, porque no sólo se trata de propiedad destruída sino de pérdidas de vidas y de sangre derramada. . . . El motín salió de los barrios más apartados de la ciudad, y, como la bola de nieve, vino recogiendo en su carrera todos los elementos que se le unían, hasta convertirse en terrible alud. . . ."

Cuando á este punto llegaron las cosas, el gobierno, con la conciencia de su deber, no se anduvo en contemplaciones, y con mano

enérgica restableció el orden, encarcelando y encausando á los más inquietos, y dando garantías á la población pacífica. Ante esa digna actitud de la autoridad, los revoltosos se guardaron muy bien de volver á lanzarse á las calles, en las que, para su descrédito, sólo *hombres del bajo pueblo*, según *El Monitor*, secundaron una manifestación que no eran capaces de comprender ni de apreciar. *El Monitor*, enemigo de la reelección y del Gral. D. Porfirio Díaz, sostenedor activísimo de la campaña anti-reeleccionista, no pudo aceptar como bueno lo hecho por quienes como él pensaban, y puso á prueba su ingenio para dar á entender que no podía ni debía creerse responsable de tales atentados al círculo constitucionalista á cuyo lado estaba. "En estos momentos, decía el citado periódico, no existen en México más que dos bandos; el reeleccionista ó sea el del Gobierno, y el anti-reeleccionista que *se está organizando*, sin recursos, sin acuerdo, y sin disciplina, sólo impulsado por la fuerza de la idea. Y decimos que *se está organizando*, por no tener otro verbo á mano para significar que se van reuniendo los individuos opuestos á la reelección del Presidente de la República y Gobernadores de los Estados; pero en realidad *no hay tal organización*, pues ya hemos visto que aunque los estudiantes y los obreros tienen un Comité directivo y un Presidente, hay entre ellos *individuos insumisos* que van á gritar mueras frente á las imprentas de los periódicos gobiernistas, ó que pretenden escalar las torres de Catedral para echar á vuelo las campanas con objeto de dar más fuerza á su manifestación, ó que arrojan *pambazos* en señal de desprecio á los que en procesión cívica manifiestan su adhesión al Gobierno y al principio de reelección indefinida. Se ve palpablemente, en fin, *que no hay dirección*, y que esas manifestaciones que podrían y deberían hacerse sin peligro para las personas ni alarma para los intereses, sin perjuicio para la propiedad, *resultan nocivas, contraproducentes*, para la idea que se trata de defender ante la razón, de propagar en toda la República, y de inculcar en las masas."

*El Monitor* tuvo mucha razón: *el motín de los pambazos*, como se dió en llamar á aquel primero y único esfuerzo de los anti-reeleccionistas, con sus desórdenes y ataques á la propiedad particular de los extranjeros, fortificó la ya unificada opinión á favor del Gral. D. Porfirio Díaz, y pocos meses después los votos de los electores fueronle absolutamente propicios, yendo en ello acordes con el sentimiento y el parecer universales. Los escondidos directores de aquella asonada sin consecuencia favorable para la oposición, no salieron de su retiro, y aunque algunos papeles y hojas periodísticas revivieron los nombres de los Sres. Tagle y Benítez, nadie pudo demostrar que ambos antiguos amigos del Caudillo de Tuxtepec hubieran influido en los trastornos del 15 y 16 de Mayo.

Reducido todo al orden y al campo periodístico que surtió abun-